



Norman H. Baynes

EL IMPERIO BIZANTINO

El eco de la Nueva Roma perdura en Oriente y Occidente, enhiesto todavía en sus piedras monumentales y latiendo con fuerza en la tradición jurídica, religiosa y cultural de los pueblos. No en vano el Imperio bizantino ha sido el centro vivo de un gran trecho de la historia, y su conjugación de la herencia imperial romana con las esencias helenísticas y orientales representa una de las claves decisivas de la vida espiritual del mundo.

Nadie podría ofrecer en nuestros días un panorama del Imperio romano oriental mejor que el oxoniano Norman H. Baynes, colaborador de la *Cambridge Ancient History*, porque nadie ahondó como él en sus problemas y en su legado histórico. La apretada síntesis que constituye este verdadero breviario de Bizancio, hecha con todo el rigor y la precisión que podemos exigir al historiador, trasmina al mismo tiempo esa gracia fresca que tienen siempre los escritos del humanista auténtico. Por ello ofrece tantos atractivos asomarse, de la mano de Baynes, al prodigioso mundo bizantino.

Índice de contenido

Cubierta

El imperio bizantino

Introducción

I. La ciudad de Constantino

II. La vida social en el Imperio de Oriente

III. Lista de los emperadores bizantinos

IV. La soberanía bizantina

V. La Iglesia ortodoxa

VI. Propiedad de la tierra y tributación

VII. La administración civil

I. La burocracia

II. Administración de justicia

III. Hacienda

VIII. El ejército y la marina

I. El ejército

II. La marina

IX. Educación

X. Literatura

XI. Arte bizantino

XII. El derecho romano postrimero

XIII. Comercio

XIV. La deuda de los eslavos con Bizancio

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

Notas

INTRODUCCIÓN

Grandes energías de recuperación ha de tener un imperio para resistir una agonía mortal de diez siglos. Hasta hace poco los historiadores pretendieron hacernos creer que el estado bizantino estuvo perpetuamente en artículo de muerte aunque ofreciera, a través de los siglos, una venturosa resistencia a todos sus atacantes. Pero la colosal paradoja ha obtenido crédito gracias sólo a su repetición frecuente y no puede resistir ya las luces de la investigación moderna. Este pequeño libro intenta bosquejar en breves perfiles determinados aspectos de esta civilización romano-oriental y recordar los nombres de algunos de aquellos hombres famosos que fueron honrados por sus generaciones y constituyeron la gloria de su edad.

Pero desde el comienzo nos enfrentamos a un problema: ¿a partir de qué momento podemos establecer claramente la existencia de un imperio bizantino o romano-oriental? Porque, aun cuando había un regente del Oriente, en Constantinopla, y otro del Occidente, en Milán o Rávena, el hecho no afectaba en nada a la unidad ideal del imperio romano, que era, según las palabras de un escritor del siglo IV, una «cuasi-partición» motivada por la conveniencia administrativa. Ambos soberanos admitían las mismas leyes, los mismos principios de gobierno y las mismas tradiciones romanas. Cuando en el año 476 Rómulo Augústulo, el último emperador del Occidente, dejó de reinar, la teoría del estado permaneció inalterada. Habiendo llegado a su fin la «cuasi-partición», se volvió a las posiciones anteriores y los derechos del soberano pasaron automáticamente

te a manos del monarca de Constantinopla. Se reunía una vez más en una sola mano la autoridad antes solidaria. Aun de Justiniano (527-565) puede sostenerse plausiblemente que la única característica que presta unidad a su reinado es su ambición de recobrar el territorio perdido y afirmar de nuevo el prestigio imperial que habían poseído sus predecesores; en suma, que Justiniano es el último de los emperadores romanos y no un emperador bizantino todavía.

Otros escogerían como la fecha decisiva aquel día de Navidad en Roma, el año 800, en el que Carlomagno, con gran sorpresa suya, fue coronado repentinamente emperador del Occidente por el Papa. A partir de ese momento hay dos imperios: el Sacro Imperio Romano de Occidente y el Imperio Bizantino de Oriente. Pero por muy satisfactorio que pueda resultar este punto de vista para el teórico de la política, o incluso para el historiador de la Europa occidental, es menos útil para el que estudia los destinos de la Roma de Oriente. Si es preciso fijar un momento para el comienzo de su historia, debe situarse más bien en los años que inician el siglo VII, cuando el mapa de las tierras de Levante adoptó la fisonomía que desde entonces determinaría para siempre la política de los estadistas bizantinos. El imperialismo de Justiniano resultó un sueño demasiado costoso para que el Imperio pudiera realizarlo. Mahoma había dado unidad a las tribus árabes mediante una fe común, y los guerreros del desierto se desbordaron con furia irresistible sobre Palestina y Siria; hasta que fue frenada su embestida por las montañas que protegen el Asia Menor. Los eslavos se habían derramado a través del Danubio y comenzaba en las provincias romanas ese proceso de cristalización en nacionalidades que finalmente constituyó los estados balcánicos de hoy. La primera mitad del siglo VII es, pues, el período característico en el que el historiador se vería inclinado a colocar el nacimiento de un «imperio bizantino».

Sin embargo, aunque en sí mismo abre una nueva era que obliga a reajustes de política y de administración, este período no es sino la culminación de un largo proceso, y sólo puede comprenderse con exactitud si se examina a la luz de la historia de los tres siglos precedentes. Porque está resultando cada vez más claro que con el final del siglo III de nuestra era se cerró un eslabón y que la humanidad, en las tierras que rodean el Mediterráneo, comenzó a forjar otro nuevo eslabón en la cadena de su historia. Caracterizan este comienzo el reconocimiento del cristianismo por el estado y la fundación de la ciudad de Constantino, la nueva Roma establecida en las tierras de los griegos. Y es ese acontecimiento el que debe determinar para nosotros el punto de partida.

En 1204 Constantinopla fue capturada por los cruzados y los soberanos latinos sustituyen a los monarcas bizantinos. Es cierto que en el curso del siglo XIII se restauró el antiguo imperio romano, pero ya los Paleólogos llevan su corona de otra manera: han penetrado en el mundo romano nuevas influencias del Occidente y a la nueva Roma misma no le quedan más que las sombras de su pasada grandeza. Habrá que hacer aún muchos estudios sobre este período antes de que el investigador pueda sentir terreno firme bajo sus pies. Ahora intenta las generalizaciones por su cuenta y riesgo. Por estas y otras razones, en este pequeño libro el autor se ha querido concretar principalmente al período anterior a la caída de Constantinopla en la Cuarta Cruzada. Por lo tanto, de una manera general, este estudio se extiende desde la fundación de la nueva Roma en el siglo IV hasta su conquista por los cruzados en 1204.

I

LA CIUDAD DE CONSTANTINO

Esta ciudad del deseo del mundo.

CONSTANTINO DE RODAS: *Revue des Études grecques*, IX (1896), p. 38.

«En las instituciones políticas están incorporadas las experiencias de una raza». Nunca encontró esta verdad una manifestación más clara que en la obra de Diocleciano y Constantino. El siglo III había presenciado una vasta desintegración dentro del mundo romano. Lo mismo la defensa militar que la vida social parecían amenazadas de disolución. Todas las fronteras se veían atacadas. Las hordas bárbaras assolaban las provincias en la Galia, sobre el Rin y sobre el Danubio, mientras en Oriente las legiones se enfrentaban con la agresión de la dinastía persa de los Sasánidas, llegada al poder (hacia el año 212 d. C.) en andas de una ola de entusiasmo nacional. Roma había perdido en los campos de batalla a sus caudillos más capaces, y sus súbditos elegían, en defensa propia, generales y emperadores. El patriotismo se volvió local, porque no podía ya descansar en la protección de los ejércitos imperiales. Amenazada en el exterior por fuerzas superiores y en el interior por la insolencia del ejército y por el colapso de la economía, la sociedad necesitaba mantenerse unida mediante la imposición de cadenas rigurosas de las que nadie pudiera escapar. Si-

guiendo las huellas del emperador Aureliano (270-275 d. C.), Diocleciano obligó al ciudadano de Roma a seguir la misma profesión o comercio que su padre y a sostener las responsabilidades de la corporación a que su padre había pertenecido. Asimismo, bajo ninguna circunstancia se le permitió liberarse de sus obligaciones para con el estado. Fuera terrateniente, consejero municipal o soldado de frontera, sin que importara el sacrificio personal en libertad o en bienes, el ciudadano debía permanecer en su puesto y se le arrastraba de nuevo a su tarea si se mostraba recalcitrante. El genio austero del emperador ilirio vio en un sistema hereditario de castas la única esperanza de salvación del barco del estado cuya armazón comenzaba a hacerse pedazos.

Las experiencias del siglo III impusieron todavía más el carácter de las reformas administrativas de Diocleciano, porque hicieron patenté la necesidad de generales eficaces y de ejércitos móviles. Pero los generales debían estar dispuestos a seguir siendo súbditos y los ejércitos habrían de aprender las lecciones de la obediencia y de la disciplina. Desde los primeros días de Roma el gobernador provincial fue al mismo tiempo magistrado y general, si la necesidad lo exigía. Su *imperium* individual le confería a la vez la autoridad civil y militar. Pero en este momento la necesidad del Imperio exigía que el funcionario fuera elegido tan sólo por su capacidad militar, y poco o ningún ocio le quedaba para poderse entregar a sus obligaciones civiles. Por lo tanto, Diocleciano separó por completo las dos carreras, medida para la cual probablemente preparó el camino el emperador Galieno (253-268 d. C.). Además excluyó del ejército a la nobleza del senado y nombró para los puestos militares a los hombres de la clase media (*equites*) que eran recomendables no por su cuna o por su riqueza, sino por su capacidad. Al mismo tiempo trató de enfrentarse al peligro de un intento de usurpación del trono por parte de cualquier general victorioso, y para ello aumentó el número de provin-

cias, con lo cual redujo las fuerzas bajo el mando de un solo jefe. Organizó la defensa de la frontera y es probable que diera los primeros pasos hacia la creación de un ejército móvil imperial, tarea posteriormente terminada del todo por Constantino (véase el capítulo VII).

Pero aún restaba convertir a los desmandados gobernadores en obedientes servidores del estado. Era necesario restablecer la autoridad del emperador, y con este fin se apropió Diocleciano de las concepciones persas de la soberanía absoluta que privaban en la corte sasánida. La majestad de la púrpura tenía que ser rodeada del aislamiento y esplendor orientales. El *princeps* del primer imperio, que se mezclaba libremente con sus conciudadanos, se convertía en el monarca divino, apartado, remoto, ante el cual sus vasallos se prosternaban servilmente. El emperador no apoyaba ya sus títulos al trono en las aclamaciones tumultuosas de los turbulentos pretorianos. Su autoridad se derivaba ahora de una delegación divina: su *imperium* era un don del cielo.

Así reconocía Roma la deuda contraída con el Oriente. Pero no es éste un ejemplo aislado: la vida y el pensamiento del mundo romano sufrieron un gran cambio en el siglo III. Después de su victoria en Accio (31 a. C.), Augusto resolvió apoyar su poderío en las provincias occidentales y bajo la dinastía julioclaudia las Galias y España absorbieron con entusiasmo la cultura latina. Pero aún se hacía sentir la influencia del Oriente helenístico: en los días de Juvenal se quejaba el poeta satírico de que el Orontes sirio había invadido con sus aguas el Tíber. En el siglo III penetró en el imperio romano una corriente que venía todavía más del Oriente, y parecía que el pensamiento y la cultura persas avanzaban a la conquista de las tierras levantinas. Se llevaron hasta las provincias occidentales los ritos del Oriente, y los arqueros auxiliares del ejército romano, que eran continuamente reclutados en Asia, transportaron el culto de

Mitra a los campamentos del Danubio y del Rin. La lucha religiosa del siglo III se nos presenta más bien como una lucha de religiones y creencias orientales. El paganismo latino estaba sosteniendo una guerra perdida. Hasta los seguidores del antiguo Panteón —los neoplatónicos— usaban las armas que les proporcionaba el Oriente. Su misticismo estaba impregnado de elementos orientales y era en Egipto y en Siria donde había que buscar a sus principales guías. El centro religioso del mundo se desplazó hacia el Oriente.

La literatura había abandonado también el Tíber, y los escritores latinos se veían oscurecidos por sus rivales griegos. El genio literario del Occidente no encuentra su hogar en Italia, sino en la Galia o en África.

Además, donde el peligro de los bárbaros revestía mayor gravedad era en las fronteras orientales y del norte. Claudio (268-270 d. C.) murió combatiendo contra los godos, y Valerio (253-260 d. C.) terminó sus días cautivo en Persia. Roma estaba demasiado lejos lo mismo del Danubio que del Éufrates.

La primera comunidad romana estuvo formada por agricultores, no por marinos. El comercio exterior nunca se canalizó naturalmente hacia Roma. El Tíber, con su cauce angosto y sus frecuentes inundaciones, no ofrecía buenas posibilidades como ruta de comercio marítimo. La capital de Italia se había enriquecido con el botín del mundo cuando, uno tras otro, los vencidos reinos del Oriente entregaron sus tesoros al conquistador. Pero el flujo de la riqueza cambió cuando el Mediterráneo se convirtió en un mar romano. Decayó la agricultura italiana y las clases gobernantes abandonaron la sencillez de sus antepasados. El Oriente las colmaba de lujos, e Italia no producía lo necesario para pagar su importación. Cada año debía pagar un déficit en dinero, e Italia se convirtió en un país empobrecido. La lógica implacable de las leyes económicas apuntaba también hacia el Oriente.

En suma, se desplazó el centro religioso, literario, militar y económico del Imperio. El gobernante que llevara la diadema de un Rey de Reyes necesitaba una capital oriental. Y en esto, como en todo lo demás, tuvo Constantino que completar la obra de Diocleciano y hubo de fijar una sede digna de la nueva Roma del futuro. Así, en la península en que Europa se asoma a Asia, situada en medio del camino que unía las fronteras del norte y del Oriente, protegida contra los asaltos navales por las rápidas mareas del Proponto, pero dotada además de la magnífica bahía del Cuerno de Oro, se construyó la ciudad que iba a ser durante siglos la capital del Imperio y el baluarte del Occidente.

Bizancio recibió un nuevo nombre después de la derrota final de Licinio por Constantino. La muralla de la nueva ciudad se comenzó cuando Constantino fue hecho César: el 8 de noviembre de 324. La reconstrucción se aceleró en el año 328 y el 11 de mayo de 330 se celebró la solemne inauguración de Constantinopla y el emperador fijó su residencia en la ciudad que llevaba su nombre, con su corte, su consejo (*consistorium*), su guardia y su administración central.

Aún tenía Constantino otra razón para realizar este cambio. Constantinopla iba a ser ciudad cristiana, mientras que la capital del Tíber seguiría siendo durante mucho tiempo la fortaleza de las antiguas creencias. La conversión de Constantino y el carácter de sus convicciones religiosas han sido objeto de controversias interminables. Pero el brillante trabajo sobre la numismática del período del humanista francés Jules Maurice demuestra, a juicio del que esto escribe, que Constantino adoptó definitivamente el cristianismo como credo propio, y que es correcta la tradición que hace datar su conversión de la captura de Roma, en octubre del año 312. La verdadera gloria de Constantino descansa en el hecho de que, en una época que carecía de comprensión para la tolerancia, él siguió siendo leal durante todo su reinado a la política en que estuvo de acuerdo

con Licinio cuando se reunieron en Milán en el mes de febrero del año 313. El «Edicto de Milán» puede ser una ficción, pero ya es difícil poner en duda que desde la cancellería imperial se enviaron cartas a los gobernadores de las provincias ordenándoles que permitieran por igual a todas las sectas profesar sus creencias y celebrar sus ritos religiosos particulares. Constantino pudo obrar en años posteriores como un misionero imperial, pudo emplear la persuasión para apartar a los creyentes de las ceremonias paganas, pudo incluso tratar de convertir al Rey de Reyes persa, pero nunca actuó en perseguidor y se negó a «obligarlos a entrar por la fuerza».

Sin embargo, en su recién fundada capital pensó que le era dado hacer una excepción con los principios adoptados en Milán. Después de la solemne inauguración del año 330, no deberían celebrarse ritos paganos en Constantinopla. ¿Cómo podemos entonces explicar el hecho de que en esta época se hayan construido, o reconstruido al menos, templos paganos dentro de la ciudad? Maurice sugiere que fueron erigidos entre los años 324 y 330, y que son la expresión de las creencias de los funcionarios, que eran indudablemente paganos, ya que todos los cristianos habían sido expulsados de la administración pública en los días de la llamada persecución de Diocleciano. Debe tenerse presente que en estos primeros años el emperador tenía que llevar a cabo su política con una burocracia hostil a sus deseos y que es frecuente que la voluntad misma de un emperador apenas puede abrirse paso cuando tiene enfrente el sólido peso de una tradición burocrática. Pero en 330 la Constantinopla cristiana se impuso del todo a la pagana Bizancio.

En forma modificada, siguió existiendo en las provincias el culto al emperador. Era ahora un simple festival en el que no se hacían sacrificios paganos. En Umbría se levantó un templo en honor de la *Gens Flavia*. Hasta en la misma Constantinopla hubo una concesión similar a la antigua fe,

concesión que debe atribuirse directamente a la acción de Constantino. Sobre una alta columna se levantó una estatua que pudo haber representado originalmente a Apolo, pero que mostraba los rasgos de Constantino y que ostentaba alrededor de la cabeza imperial la corona de rayos de Helios, dios del sol. Esa estatua era venerada no sólo por los paganos, sino también por los cristianos. ¿Qué significa esto? Constantino decía descender, a través de Constancio Cloro, del heroico emperador Claudio Gótico, y parece ser que Claudio, Constancio y el mismo Constantino en sus primeros años, habían sido adorados todos como la deidad solar, *Sol Invictus*, el sol nunca vencido. Se ha dicho que Constantino deseaba hacer patente a sus vasallos por medio de la estatua que, aun después de su conversión, él reconocía a sus grandes antepasados. La nueva dinastía flavia que trataba de fundar surgía de un pasado glorioso y había de ganarse la fidelidad de todos los romanos. Si éste era en verdad su propósito, sus deseos se cumplieron plenamente, ya que con motivo de su muerte se puso de manifiesto con toda amplitud la lealtad que inspiraba el sentimiento dinástico.

Otra concesión hizo Constantino en el continuado reconocimiento de la Fortuna (*Tyché*) —el espíritu tutelar— lo mismo de la antigua Bizancio que de Roma, aunque puede dudarse que el propio emperador ordenara, como afirma Malalas, que en el aniversario de la inauguración de la ciudad se llevara en procesión solemne por el hipódromo su estatua con los signos de la *Tyché*, y fuera reverenciada por el propio monarca reinante. Costumbres consagradas por el tiempo que se le achacan generalmente a Constantino. Los historiadores modernos han concedido demasiada importancia a estas representaciones idealizadas: el espíritu de Bizancio con la proa de la nave (¿no tenía acaso la bahía que le faltaba a la antigua Roma?); el espíritu de Roma que Constantino traería a habitar en la nueva Roma que había fundado para ella. Se siente uno inclinado a preguntarse si

algún numismático de otra edad futura no argumentará de igual forma ante las monedas del para entonces desaparecido imperio británico, y sostendrá que en el siglo XX, además de la Trinidad cristiana, persistía el culto a la diosa Britania como un vestigio del antiguo paganismo de la isla.

Pero desde cierto punto de vista, no hay duda de que la figura de la *Tyché* de Roma sirve para recordarnos la concepción de su ciudad que tenía Constantino. Los habitantes de Constantinopla son el *populus romanus*, según se deduce de las monedas acuñadas en la nueva capital. Desde el año 332 se les conceden los mismos privilegios y las mismas distribuciones públicas de pan, vino y aceite, pues ahora los barcos cargados de cereales vienen de Egipto al Cuerno de Oro; e idénticas partidas en el circo hacen persistir las luchas del hipódromo romano. La ciudad de Constantino era en verdad una nueva Roma. Sus instituciones están modeladas sobre el patrón de la antigua, y Constantino II levantará el senado de Constantinopla a un plano de igualdad con el de la ciudad del Tíber. Constantino, por todos los medios, trató de alentar al pueblo en el sentido de que abandonara sus tierras natales y se estableciera en la capital. El mundo romano fue recorrido en busca de tesoros artísticos y Constantinopla se convirtió en un verdadero museo lleno de obras maestras griegas y helenísticas, en tanto se proyectaban con lujosa magnificencia los baños y las iglesias, las casas señoriales y las grandes plazas.

No es éste lugar para hacer una descripción topográfica de Constantinopla: de su palacio, ese vasto complejo de edificios al que fueron sumando cuerpos los emperadores sucesivos al correr de los siglos; de su calle principal (la *Mesé*), que va desde Santa Sofía hacia el oeste, atravesando el foro de Constantino, y desde el *Forum Tauri* hasta la Puerta de Oro, la puerta de la entrada triunfal; de los soportales recubiertos de mármol que se alinean a lo largo de la *Mesé* y en los que fueron instalados los puestos de los vendedores ambulantes; de las angostas calles laterales,